

La lógica de los campos de concentración

Josep Fontana

Historiador

14 julio 2015

(Traducción de Jordi Domènech)

Recientemente he leído una serie de nuevas investigaciones sobre el holocausto y los campos de concentración, entre las cuales destaca la gran obra de Nikolaus Wachsmann, *KL*, y me he dado cuenta de que, como la mayoría de gente, he sido víctima del error de pensar que los campos eran un lugar de exterminio. No lo fueron, sino organizaciones industriales gestionadas con unos criterios económicos peculiares, pero muy racionales por lo que se refiere a la maximización de los beneficios.

En realidad, todo el sistema de dominación nazi estuvo pensado de acuerdo con estos principios. La ocupación de territorios en el este, en Polonia y Rusia, estuvo organizada para maximizar la producción de alimentos que servirían para proveer a los ejércitos alemanes. De la misma manera, los más de siete millones de prisioneros y trabajadores forzosos extranjeros que había en el Reich fueron dedicados a la producción. Cuando al finalizar la guerra los polacos que trabajaban en los campos alemanes regresaron a su país, no quedó nadie para cultivar la tierra, de manera que los aliados se vieron obligados a utilizar a los prisioneros de guerra para trabajar la tierra y paliar el hambre.

Todo, incluso la propia aniquilación de los judíos, estuvo pensado con criterios de rentabilidad. El protocolo de la conferencia de Wannsee, de 20 de enero de 1942, que planeaba la eliminación final de los judíos en Europa, preveía que 11 millones de judíos debían ser evacuados hacia un este indefinido, en Rusia o más allá. Conducidos en grandes columnas, separados por sexos, serían llevados a construir carreteras. "No hay duda —añadía el protocolo— que se perderá una gran proporción de ellos como consecuencia de una selección natural. Los que queden necesitarán de un tratamiento adecuado, porque sin duda representan la parte más resistente, y con su liberación podrían transformarse en el germen de una resurrección judía (la historia da pruebas de ello)."

Pero la mejor muestra de la racionalidad económica la encontramos en los grandes campos de concentración, en los que, según los cálculos de Wachsmann, murieron 1.700.000 personas (menos de la tercera parte de los seis millones de víctimas del holocausto). El secreto de su rentabilidad consistía en utilizar hasta la extenuación a trabajadores que costaban muy poco en términos de mantenimiento y que eran exterminados cuando dejaban de ser útiles, al igual que eran exterminados la mayor parte de hijos de las trabajadoras, acogidos en las guarderías de las fábricas. Eliminar los costes improductivos garantizaba una elevada competitividad.

Auschwitz-Birkenau fue el ejemplo más representativo del holocausto industrial. Constaba de tres unidades: Auschwitz I fue un centro de producción industrial con talleres de las SS e industria del armamento (pero también fue un centro de experimentos médicos, donde profesores universitarios practicaban la vivisección); Auschwitz II Birkenau fue el gran campo de exterminio, y Auschwitz III Monowitz proporcionaba trabajo a la gran fábrica de caucho sintético de las IG Farben. Hubo además un sistema de en torno a 50 campos auxiliares dispersos por Silesia, con granjas, minas de carbón, canteras, piscifactorías... La vida activa de los trabajadores-esclavos de este sistema industrial era corta, ya que acababa cuando no rendían adecuadamente, siendo entonces enviados a Birkenau para su liquidación. De las 1.700.000 muertes del conjunto del sistema concentracionario, 1.100.000 corresponden a Auschwitz.

Alguien quizá se extrañe que haga estas consideraciones en un espacio destinado a reflexionar sobre cuestiones que se refieren al "mundo en que vivimos". Pero estas lecturas me han hecho pensar en las semejanzas entre la lógica de los campos de concentración y las normas de las políticas de austeridad que nos están imponiendo. Los fundamentos son los mismos: minimizar los costes del trabajo y eliminar el despilfarro de recursos que supone mantener a quienes no están en condiciones de seguir produciendo. La reducción de los costes salariales se ha conseguido con una medida genial, como es la "flexibilización de la ocupación", que al dejar a los trabajadores indefensos frente al paro, ahorra a los empresarios aquellas molestias que antes causaban las disputas por el salario justo (¿qué sentido tiene hablar de "salario mínimo" cuando hay contratos de 0 horas?).

Respecto a la eliminación de quienes ya no son productivos, se va realizando discretamente con la reducción de las pensiones. Es un procedimiento más lento, que seguramente mejorará en eficacia en el futuro (con el copago de los medicamentos, por ejemplo), pero es mucho más limpio que incinerarlos en un horno. Para acabar de parecerse al original, cabe observar que los acreedores alemanes actuales no carecen, respecto de los europeos del sur, de aquella misma convicción de superioridad racial que permitía a Goebbels afirmar que los polacos "son más bien animales que humanos".

Me preocupa ver lo que está sucediendo en el campo de concentración en que se ha convertido Grecia, pues considerando la situación en este país nuestro, en que el volumen de deuda pública ronda el 99 % del PIB (tenemos ahora 300.000 millones más de deuda que cuando Rajoy llegó al poder), lo que podría ocurrir si suben los bajos tipos de interés actuales, que permiten atender los intereses de la deuda sin demasiados problemas, sería sencillamente un desastre.

Quizá sea por eso que, en una misma semana, el FMI y el señor Luis María Linde, gobernador del Banco de España, nos han dado la misma clase de consejos. Donde el FMI pedía reducir los salarios (abaratando el despido) y limitar nuestros costes de mantenimiento (subiendo el IVA y reduciendo la aportación del Estado en educación y sanidad), el señor Linde, llevado por el entusiasmo, ha ido todavía más allá, pidiendo una nueva reforma laboral (¿qué más derechos pueden quitar todavía a los trabajadores?) y avisándonos de que no nos hagamos ilusiones de que sigan manteniéndonos con las pensiones cuando seamos viejos.

No es todavía exactamente lo mismo que un campo de concentración, pero a medida que aprenden mejoran cada vez más.

Original:

"La lògica del camp de concentració"

<http://lamentable.org/la-logica-del-camp-de-concentracio/>